El Cuento Galante

1
229966



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Se deshojó la flor

por Claudina Regnier

Ilustraciones de GREGORIO VICENTE

10 cénts.

AÑO I — 26 de Junio de 1913. — NÚM. 12

EL CUENTO GALANTE

A LOS JUEVES

1 Santo, 24.-MADRID

o: EMILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 1,25 :::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::

Anuncios á precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1

229966

Concurso de EL CUENTO GALANTE

Estamos convencidos de que en algún rincón provinciano, ó luchando en la Corte para romper el anónimo, existen unos cuantos escritores de talento obscurecidos por un poco de mala suerte personal, por falta de estímulos para la pelea ó por el cretinismo de algún distinguido orangután de los que dirigen algunas publicaciones.

Deseando dar al público un nombre nuevo, abrimos un concurso para premiar un cuento para nuestro periódico.

Los originales constarán de nueve á diez páginas de EL CUENTO GALANTE; deben ser remitidos sin firma, con un lema y sobre aparte el nombre del autor. Conforme vayamos recibiendo original, iremos dando cuenta al público.

Habrá un premio único de TRESCIENTAS PESETAS al cuento que lo merezca á juicio del Jurado, compuesto por D. Joaquín Dicenta, D. Felipe Trigo y D. Eduardo Zamacois, actuando como secretario D. Emilio Carrere.

Si el Jurado lo estima conveniente, se recomendarán algunos originales con la retribución ordinaria de nuestra publicación.

El plazo de admisión de originales expira el día 30 de Agosto, á las doce de la noche.

Rogamos á cuantos nos favorezcan remitiendonos originales se mantengan dentro de los límites del buen gusto artístico. El premiado será un *cuento galante*, una historia de amor sin restricciones de moral sacristanesca; pero nunca una cosa pornográfica y desprovista de buen sentido literario.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

UNA AVENTURA DE AMOR

Novela, por EMILIO CARRERE

R. 3335311

47/1705306

SE DESHOJÓ LA FLOR

Querida Claudina: Te ruego hagas llegar lo antes posible estas líneas, un tanto incoherentes y un tanto sinceras, escritas en un acceso de spleen, *á manos de Alvaro Retana, á quien supongo cantando todavía la frívola belleza de* Musetta, *esa bonita muchacha que en fuerza de ser muñeca ha dejado de ser mujer.*

Ellas quizás le distraigan de ese idilio absorbente, haciéndole pensar que existimos mujeres tan dignas de su atención como la frágil vedette *de las pupilas de cristal, donde sólo es posible ver reflejadas toda la trivialidad y toda la inconsciencia encarnadas en un cuerpo de mariposa.*

Y aunque tal vez no me haga el honor de leer estas confidencias, tú enviáselas... Te lo ruega tu mejor amiga,

Minette.

I

París... 1913...

Hoy diez y siete de Marzo, con un tiempo desagradable, que enardece á mi gato y me pone los nervios como si oyera cantar á Paquita Escribano el *gran aire* de la *Walkiria*, le escribo, mi admirado y desconocido señor, para desahogar con usted mi melancolía abrumadora...



¿Astío? ¿Nostalgia? No lo sé... Pero me pesa el corazón como si todas las penas del mundo se hubieran refugiado en él, en este día gris, gris como el agua muerta del estanque, como la piedra del muro frondoso y como el polvo que danza en los paseos del parque; triste como un cementerio, con sus árboles de eterno y sombrío verdor y sus estatuas blancas sobre el césped estrellado de flores funerarias.

¡Qué cosa tan divertida escribir á un señor á quien no conozco más que por sus escritos y por haber oído hablar mucho de él á la persona á quien más quiero en el mundo! Tan divertida como una conversación de baile de máscaras al través de los encajes de un antifaz, ó como hablar desde el interior de una caseta de baño con el admirador que se

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

queda fuera, y á quien se supone buscando ávidamente un agujerito indiscreto que le permita ver lo que la recatada desearía mostrar si la Moral no fuese tan ridícula...

Pero exagero un poco al decir esto, porque casi lo conozco á usted. Su retrato sonríe sobre el piano de mamá, al lado de un fauno de bronce y de una Virgen de marfil del siglo XIV—¡buena compañía!—, y sé, además, que es usted un chico rubio, muy joven y gentil, y que tiene los ojos verdes como su estilo y una piel demasiado suave, lo suficiente para que si un día me halla usted en su camino me abandone sobre sus hombros como un estandarte conquistado. ¡Por Dios, no sustituya usted la palabra *estandarte* por un sinónimo injurioso!... Yo soy una chica honrada, mientras algún impertinente no demuestre lo contrario. ¡Hay gentes tan amigas de meter la nariz en todos sitios!...

Pero... noto que todavía no me he presentado á usted. Soy Minette, la única *consecuencia* de su excelente amiga María Luisa Montero, que seguramente se irritaría si conociese mi atrevimiento, y voy á enumerarle mis perfecciones para que se relama usted de gusto.

No le diré que soy bonita. ¡Dios me guarde! Llamarse bonita es sentar plaza de vulgar, porque ¡hay tantas que se lo creen!... Sin poder afirmar que soy la mujer más fea del mundo, como Polaire; tampoco puedo asegurarle que soy la mujer más bella de Francia, como Cecile Sorel, que lo sabe á ciencia cierta, á raíz de cierta disputa que sostuvo con madama Pompadour. No; nada de cosas excesivas. Soy... muy personal y llena de un encanto moderno que no se escapa á la inteligencia del menos perspicaz.

Cuento diez y ocho años. ¡Diez y ocho años! La edad en que las mamás velan como un avaro ante un *coffre-fort* amenazado de una ganzúa inevitable. Ahora, que esta vez el *coffre-fort* está pidiendo á voces le descerrajen, á ser posible, por un atrevido y guapo muchacho, rubio y sonrosado y con los ojos azules.

Juro que mis melenas, peinadas á lo paje, son de un rubio brillante y comparables al oro; pero no puedo garantizar que mañana no sean de un rojo ticianesco, de una negrura semejante á la del bigote de mi cocinera, ó azul eléctrico. ¡Soy tan caprichosa, que cualquiera sabe! Ojos muy orientales, algo ajaponesados, como añorando el país de los crisantemos; perfil completamente egipcio; boca á la parisién, en forma de corazón; andares de andaluza—no faltaba más, siendo mi madre sevillana—; piel rosada, de joven inglesa; timbre de voz muy de italiana, y dejadez voluptuosa de bayadera india. Todo esto constituye una ensalada rusa, muy explicable para el que, como usted, conozca todos los devaneos cosmopolitas de mamá.

¿Qué le parezco á usted por fuera? Pasemos ahora adentro. (Adentro es solamente metafórico, ¿eh?)

Indecencia completa y triunfante y una absoluta confianza en Dios, que me permite hacer de mi capa un capisayo, sin temor á contingencias. Instruída con exceso, diabólicamente, porque me ha gustado siempre flirtear con artistas perversos. Mi rebeldía es impertinente; me gusta restarle adoradores á mamá, y soy tan descarada como una portera. Adoro las cebolletas—sobre todo, mojadas en chocolate, me entusiasman—; amo á todos los animales—mi predilecto es el hombre—, y me vuelven loca las *toilettes* excéntricas, los deportes y los bailes modernos—danza del oso y de la tortuga—, por todo lo que hay en ellos de arbitrario, teniendo una debilidad invencible por el tango argentino, que me permite apretarme contra un muchacho apetitoso, hasta llegar á una incrustación perfecta... Y, para concluir, sólo tengo tres amores, por ahora: mamá, mi gato y las confituras de gengibre, que no me impiden coquetear con diez ó doce muchachos simultáneamente.



Esta soy yo, mi querido y nuevo amigo. Como verá usted, poseo muchas cosas de mamá y no pocas de algunos de los maridos que más la han durado y han influído, por tanto, en mi educación. Numerosas personas me hallan adorable y otras insufrible; pero sin término medio, lo que me regocija, porque eso es una garantía contra la vulgaridad. Y la única confesión que me resta hacerle, es que deseo ser amiga suya, porque de tanto oir hablar de usted á mamaíta y á Claudina Regnier, su deliciosa ex novia, amiga mía predilecta, he llegado á comprender que usted sabría comprender mejor que nadie toda la extraña inquietud de mi alma, complicada en fuerza de quererlo yo. Rabio por pasar una tarde muy cerca de usted para contarle con cuánta ilusión aguardo un hombre que me haga vibrar espiritualmente, ya que para conseguirlo materialmente basta con ser un chico guapo, de carnes suaves y algo felino—en esto estoy de acuerdo con Claudina—, y para comprobar si es cierto que sus ojos brillan entre las sombras de la noche como los de un gato cuando hace usted el amor á una mujer.

Como esto no va á ser posible mientras usted no venga á París ó nosotras vayamos á Madrid, yo, en un acceso de impaciencia, me he atrevido á escribirle á usted, á quien mamá llama el novio de todas las mujeres y el amante de cuantas lo deseen, para distraerme con la esperanza de aguardar durante unos días su carta, que espero llena de consejos y frases consoladoras. Yo necesito que usted, que ama á todas las mujeres porque nos comprende y nos disculpa, me robe el aplanamiento moral en que me ha sumido el primer fracaso amoro-

so; aplanamiento que me priva de gozar de la vida y me convierte en un trágico sarcófago, de donde brotan suspiros lúgubres y misteriosos, y que de cuando en cuando se agita en supremo desbarajuste.

Mamá, que desconoce todos mis extravíos—confío en su generosidad al suplicarle no se los trasmita á ella—, ignora que hace unos días he intentado llevar á cabo el que quizás, por ser el definitivo, podía haber sido el más inolvidable. ¡Qué horror! ¡Pensar que hace cuatro días al lindo y perfumado *bibelot* que ha servido de deleite á tantos novios, pero que siempre abandonan intacto, pudo haberle llegado su Waterlóo!...

Voy á contarle á usted esta horrible aventura, que me colma de indignación:

Yo me visto en Poiret, el mago creador de tantas maravillosas combinaciones de encajes y de tules, de flores y pedrerías, que han causado después el estupor y la admiración del «*tout* París» puestas sobre los hombros fragantes de Lavaliere, la interesante actriz de los ojos sombríos, donde parece arder todo el fuego de Lesbos; ajustando la fragilidad de Monna Delza, Boticelli moderno, más flexible que un chal de la India, ó haciendo resaltar la cintura de Polaire, en cuya boca creí desaparecer presa del vértigo el día que la conocí, acompañada por cierto de dos descarados galguitos, que cometen delante de la gente toda clase de excesos, con gran regocijo de su desaprensiva dueña.

La tarde que yo fuí á casa de Poiret, hace veintidós dias, con mi señora de compañía á probarme mis encargos de primavera, el célebre modisto, entretenido con miss Tinguette, tan fea que parece un atentado al sentido común y cuya voz de afilador contrasta notablemente con su refinada elegancia; *Spinelly*, otro perro de nariz que desafía al cielo, alejándose despectivamente de la boca amenazadora—pero cuyo cuerpo es de una perfección envidiable—, y Cora Laparcerie, abundante y guapetona, tan opulenta que da la sensación de la multitud, me hizo aguardar más de una hora en el salón de maniquíes.

Yo engañaba mi impaciencia contemplando las creaciones que las preciosas muñecas vivientes paseaban á lo largo del salón, hasta que una pareja que entró aturdiendo á los presentes con la violencia de sus perfumes se apoderó inmediatamente de mi atención.

Ella tenía todo el aire de una cocota en decadencia, que intentaba disimular las irreverencias del tiempo encubriéndose el rostro con un sombrero de anchas alas y que dejaba la línea de su cuerpo en el misterio, merced á la amplitud de un gabán de raso negro. En cuanto á él, ¡era sencillamente delicioso!... ¡Como que era Max, el celebrado acróbata que epataba á la tulbamulta desde el escenario de la Alhambra ejecutando originales y arriesgados ejercicios, perfectamente desnudo, sin más adorno que una piel de leopardo puesta precisamente en donde menos falta hacía, á mi entender.

Ver yo á Max—correctamente vestido contra lo usual entre artistas de circo—y empezar á formar toda clase de planes para su seducción, fué simultáneo. Pero como yo no soy una casada que puede permitirse toda clase de libertades, sino una joven ingenua que, aunque de costumbres depravadas, tiene el buen acuerdo de disimularlas, lejos de manifestarle abiertamente cuán profunda impresión me había causado su apostura de joven dios mitológico, adopté el gesto de una muchacha inocente, que no obstante se permitía observale con curiosidad.

Mi táctica obró un efecto sorprendente. A los pocos minutos de mirarle con expresión de colegiala ingenua, que sólo conoce el índice del Amor, el hermoso Max me mostró con sus miradas de conejo moribundo que estaba deseando ponerse á mi disposición.

Y así fué. Apenas hubo entrado en el despacho de Poiret la grulla que le acompañaba, el sugestivo gimnasta se acercó discretamente á nosotras para entablar una conversación sin importan-



cia, pero que á mí me resultó de una transcendencia capitalísima. ¡Tenía un timbre de voz tan dulce y tan acariciante! Porque, á pesar de su tamaño—Max era una hermosa bestia grande, rubia y sensual, como hecha para enloquecer á las mujeres con sus ojos de ágata azulada, cargados de miradas soñadoras—, había en él un *no sé qué* de lánguido y femenino que ahuyentaba los temores de que como amante pudiera ser tosco y brutal. Max era una criatura realmente tentadora, sobre todo para una muchacha que, como yo, contagiada de Claudina, prefiere los ojos azules y los muchachos rubios á todos los tesoros del mundo.

—¡Con cuánto placer acompañaría á ustedes!—exclamó tiernamente aquella encarnación de la fuerza y la delicadeza unidas, bañándome en la luz de sus ojos azules, que rimaban á maravilla con el oro brillante de sus cabellos, cuidadosamente alisados.—¡Pero he venido con *mi amiga!*...

Y su rostro ofreció un desencanto y una melancolía incomparables.

—Eso no importa—dije yo, jugueteando con el áureo varillaje de mi abanico.—Si mañana, *por casualidad,* nos encontrase usted de cuatro á cinco en la fuente de Luxemburgo, podría hacerlo sin que nadie se lo impidiese... Y nosotras escucharíamos con más tranquilidad que hoy cuanto quisiera usted contarnos.

Él sonrió significativamente, y su sonrisa fué el primer capítulo de la novela de amor que nos ha hecho á ambos felices, felices, felices, durante dos semanas y que quizás con el tiempo sea mi melancolía.

En mi ansia de volver á contemplar á Max, desaparecido apenas salió su grulla de contender con Poiret, fuí por la noche con miss Hellen á la Alhambra, previo permiso de mamá, y en uno de los descansos, exacerbada por la arrogancia y la belleza rubia y lánguida de mi adorado gimnasta, me colé sin la molesta compañía de mi carabina por el lóbrego pasillo de los artistas taconeando audazmente para disimular mi *trac.*

Olor de establo y de perfumería barata; sombras fétidas; rumor confuso de palabras en idiomas bárbaros; puertas entreabiertas, que dejaban entrever hombros llenos de afeites y brillo de lentejuelas y figurantas haciendo comentarios equívocos, es lo que únicamente recuerdo de aquella noche memorable. De pronto me detuve n saber por qué; y al levantar los ojos leí sobre una puerta cerrada un breve y adorado nombre:

MAX

Indecisión... Angustia... Las sienes me latían con ruido ensordecedor, y mis labios resecos ardían casi tanto como las orejas.

¡Estúpida emoción que afea y altera! Sin pérdida de tiempo requerí mi espejito de bolsillo y pude observar que, á pesar de su ardencia, la boca seguía roja y apetitosa, mis ojos de color de avellana madura brillaban entre mis párpados que el kool volvía azules como dos pétalos de acyla primaveral, y los polvos continuaban haciendo más pálido el óvalo de mi rostro. Empujé la puerta gritándome mentalmente «¡valor!», y felizmente pude reprimir un grito.

¿Pudor? ¿Satisfacción? Max, desnudo, musculoso y esbelto, arrogante y suavísima estatua de mármol rosa, coronada de cabellos dorados, tomaba una ducha. El agua resbalaba sobre sus anchas espaldas como sobre un Hércules de Praxiteles y le cubría con una túnica de perlas sonoras... Nunca, ni vivo ni soñado por la mente de un artista en delirio, he hallado un tipo de belleza varonil y delicada más definitiva que el hermoso atleta, orgullo de los Estados Unidos.

Pero si bien yo no me alteré á su vista, en cambio Max creo que no habría demostrado un azoramiento más grande viendo entrar en su cuarto á la serpiente Pithusa del brazo (!) de Pegaso y escoltada por la Hidra. En la actitud de la Venus de Médicis, intentaba ocultar con sus manos en abanico lo que—según él—era de más urgencia, y después de mirarme fijamente con malhumor creciente, se decidió á preguntarme con el más puro acento yanqui:

—Pero ¿usted aquí, señorita? ¿Se puede saber qué es lo que desea?

Aquella pregunta me desconcertó por completo. Verdaderamente, tenía razón Max. ¿A qué había ido yo allí? En mi aturdimiento, no encontré fórmula mejor de justificar mi presencia que exclamar bajando ingenuamente los ojos:

—Pues quería... ¡verle á usted!

Mi respuesta le exaltó.

—¿Tanta prisa le corre á usted, que no ha podido aguardarse á mañana? ¿No hemos quedado esta tarde en que á las cuatro nos veríamos en la fuente del Luxemburgo? ¿Necesitaba usted venir aquí á que la viese *mi amiga* conmigo y á comprometerme por tanto? ¡Salga usted de aquí, señorita, cuanto antes, se lo ruego!

Yo, enrojecida, obedecí, murmurando débilmente: «¡Hasta mañana!», y en el foyer recogí á Miss Hellen, que aguardaba intranquila regresase de mi caprichosa peregrinación por el interior del escenario.

Y al acostarme, concluída la función. todo mi sueño fué con Max, tan seduc-



tor dentro del baño, con las manos colocadas á modo de hoja de parra para que yo no me ruborizase.

Al día siguiente, después de almorzar, me hastiaba yo de la tibieza de mi *boudoir* perfumado y silente. Había estado jugando con mi gato, suntuoso angora de pelaje inmaculado y de ojos cándidos que desmienten la crueldad de su hociquito sensual y sonrosado, á quien llamo *Baltasar* en recuerdo de un

idilio muerto, y había destrozado al piano una sonata de Beethoven que degeneró en desenfrenada matchicha. Había hojeado *El Japón heroico y galante,* de Gómez Carrillo, sin consenguir espantar el tedio, y como recurso supremo pedí á mamá el cofrecillo de sus alhajas para jugar con ellas, y sentándome á su lado en el suelo, las desparramé sobre el tapiz de Smirna.

El fuego que se esconde en las piedras preciosas animó las hermosas esmeraldas de sus pendientes favoritos, límpidas como las aguas de un lago dormido; los diamantes de su gargantilla, semejantes á gotas de rocío que guardasen un rayo de sol; los ardientes rubíes de sus horquillas de nácar; las sombrías amatistas engarzadas en sus pulseras de platino, y los zafiros calibrados de su *pendentif* de oro. En confuso y resplandeciente montón aparecieron perlas blancas del oriente más puro, que no hubiese desdeñado Venus Anadyomena para surgir del mar; turquesas pálidas y mates, llenas de tristeza nostálgica; ópalos de una nebulosidad enfermiza, que hacían pensar en los ojos de un moribundo; turmalinas multicolores, alegres y graciosas; berilos de un brillo alucinante de relámpago, y topacios dorados como gotas de cerveza cristalizadas. Todas las variedades de las piedras preciosas, unas engarzadas y otras sin engarzar, fueron acariciadas por mí con amoroso deleite é iluminaron mis manos, desnudas de sortijas, con sus luces esplendorosas. Pero aunque yo gozo de una extraña voluptuosidad, abismándome en la contemplación de las alhajas de mamá, dejando caer las piedras en chorro desde lo alto al suelo y oyendo su musical tintineo al chocar unas con otras, aquella tarde me aburrí, y, deseosa de que llegasen las cinco para entrevistarme con Max, me parecía que las horas transcurrían con una lentitud intolerable.

A las cuatro y media—¡por fin!—cambié mi *deshabillé* de muselina blanca por un sencillo *tailleur* azul marino; rodeé mi rostro con la caricia de un collar de zibelina rematado por enorme lazo verde billar y me calé un turbante negro hasta los ojos; y hundiendo mis manos en el colosal manguito de pieles rubias, me dirigí á pie con Miss Hellen al Luxemburgo.

El parque estaba desierto, bajo la lluvia de hojas secas que escamaban de oro el terciopelo verde de la hierba. Los grandes jarrones de mármol se desbordaban de geranios rojos y de campánulas moradas, y entre los sombríos troncos las estatuas mostraban una blancura impecable. Las palomas se arrullaban entre los crisantemos y las dalias, y un mirlo negro saltaba sobre la arena clara del paseo.

Yo abrí un libro de Lorrain que se armonizaba perfectamente con el paisaje artificioso y rebuscado, y sentándome en un banco de mármol, me puse á leer en una actitud tan ingenua, que nadie hubiera sospechado en mí á la virgen loca de remate.

Y á los pocos instantes Max se presentó ante nosotras modelado por un traje azul marino que hacía más elegante su arrogante contorno. Empezó por pedirme mil perdones por la forma tan destemplada en que me recibió la noche anterior, y me hizo comprender que si *su amiga*—especie de Otelo con faldas—le hubiera sorprendido conmigo, habría sobrevenido una catástrofe. Luego me juró que se había enamorado perdidamente de mí y que estaba dispuesto á todo cuanto yo quisiera, incluso á acogotar á Miss Hellen si estorbaba, excep-



to á romper con *su amiga,* á cuyo dinero é influencia debía su encumbramiento artístico. Esta confesión suya me conmovió, pues denotaba que el joven tenía buen corazón.

Las horas se deslizaron con una celeridad indignante, y antes de despedirnos sellamos con un beso aquellos amores, quedando en que todos los días, de cuatro á cinco, nos citaríamos en aquel banco para pasear luego nuestro idilio por los jardines del Luxemburgo.

¿Para qué contarle á usted, amigo mío, los mil detalles encantadores de esta novela que durante quince días me transportó al Paraíso con la delicia de sus capítulos? Bástele saber que en aquella fecha yo no me hubiera cambiado por ninguna mujer de la tierra. Aprovechándonos de que Miss Hellen desconoce casi el francés, Max y yo hablábamos de amor con una vehemencia que nos conducía al *sommier* á pasos agigantados.

¡Oh, Max encantador y miserable, hoy lejano de quien tanto te amó! ¿A qué infeliz estarás flechando con tus divinos ojos azules y tu apostura de joven dios mitológico?

A mí lo que más me hechizaba de él era cuando se sentía cínico y desvergonzado, prodigando—¡el muy canalla!—de la manera más graciosa palabras á cual más extravagantes é indecentes, designando gestos y prácticas que generalmente no se nombran... al menos en alta voz. Él lo decía *todo* con tanta sencillez, que las frases más escandalosas resultaban agradables en sus labios, sobre todo una que solía repetir constantemente y que equivale á «¡No me fastidies!»

Aun el menos travieso adivinará que yo estaba deseando de ser conducida por Max al Paraíso por el camino más corto. Pero como yo no veía el modo de satisfacer el mutuo anhelo sin comprometerme públicamente—en un cinematógrafo sólo se pueden cometer limitadísimas maldades—, adelgazaba considerablemente.

¡Y todo por las pupilas azules, soñadoras y acariciantes de aquel adorado grandullón que se divertía alargándome los dientes con la descripción de sus encantos privados!

Y una tarde... hace pocos días, no reduciéndome á seguir en estado de ebullición y en vista de que la conclusión de su contrato en la Alhambra obligaba á Max á salir para Londres, me decidí á llevarle conmigo á casa de mi profesor de tango argentino, dispuesta á usufructuarle aunque fuese en los hocicos de cualquier Princesa *genial*, de esas que van á entregarse con los muchachos en la academia del boulevard Saint Michel.

Como supongo que ya se habrá usted extasiado ante mi retrato, no le será difícil figurarse lo bonita que debía de estar aquella tarde, envuelta en un abrigo amplísimo de nutria y tocada con un minúsculo sombrero de paja, cuya monumental *aigrette* pretendía escalar el cielo. Añada usted que me había pintado como una muñeca de peluquería; que mis medias impalpables eran de color esmeralda y que mis zapatos eran de terciopelo negro, con tacones dorados, y que todas las joyas que me adornaban eran de jade verde, como la hierba primaveral; y comprenderá usted que abriesen una boca como una espuerta los asiduos de Mr. Simarra al verme entrar en sus salones acompañada de Max.

Continuó la lección al restablecerse la calma, que turbé con mi entrada, y nunca, á pesar de mi experiencia en lo que se refiere al *rendez-vous*, estuve tan emocionada como aquella tarde. ¡Pero es que la cosa merecía la pena! Durante el curso de un tango argentino ultraincrustado, Max me había advertido de una manera harto expresiva con cuánto placer se encontraba á mi lado. La demostración hubiera amedrentado á una vaca; pero á mí... Le aseguro á usted que, sin saber por qué, recordé la muerte de las mariposas atravesadas por un alfiler; aunque luego reflexioné que no debe de ser tan cruel, según donde las pinchen. ¡Qué tonterías se le ocurren á una, verdad?



En vista de que mi temperatura ascendía de un modo alarmante y Max susurraba á mis oídos promesas embriagadoras que ofrecían restablecerme á la normalidad, me resigné á la *debácle,* y escabulléndome con él, salí de su brazo á la calle, ocultándome el rostro con el manguito.

Y antes de que pudiera darme cuenta de por dónde habíamos ido, me encontré en un reservado lindísimo, mordisqueando sin ganas una mandarina, mientras tornaba á pensar con aprensión creciente en las pobrecitas mariposas que sucumben víctimas de un alfiler.

Atmósfera enervante... Perfumes exóticos... Luz atenuada por una pantalla

de seda rosa... Almohadones innumerables, como el ejército de Xerxes... Diván propiciatorio... ¿De qué dulce tragedia ó de qué delicioso pecado íbais á ser mudos testigos?

Poco á poco me fuí sintiendo desnudada en silencio por un hombre, que más que al corazón deslumbraba á mis sentidos, y al arrojar él mi última prenda sobre una silla, cerré los ojos para no ver en el espejo reproducida mi fragante adolescencia dispuesta fríamente al sacrificio.

Temblaba sin explicarme la causa. ¡Tanto tiempo desando este momento para luego turbarme una vez llegado! ¡Ni que fuera una provinciana! Max, que se estaba despojando de sus prendas interiores, me brindó, sacándolas de un cajón de la mesa, unas estampas que me sonrojaron. En seguida amortiguó más la luz, envolviendo la pantalla rosa con su camisa, y me arrastró hacia el diván...

Sus brazos me oprimieron fuerte, dulcemente, hasta desfallecerme. ¿Por qué aquel temblor, Dios mío? Y sus labios voraces amenazaban deshacer las fresas de mis senos. ¡Oh, Insúa, Trigo y tantos otros, palideced de envidia! Sus manos febriles recorrían los contornos de cuerpo de muñeca viciosa y sintiendo tan cerca de mí el calor del suyo, me retorcía como una ardiente rama de vid...

.....

Nada. ¡Nada! ¡¡Nada!!

¡Oh, vergüenza, rabia, desencanto! Roja de ira y de despecho, me vestí apresuradamente, me encasqueté el sombrero sobre mis melenas en desorden y cubrí con mi abrigo el desconcierto de mi *toilette* precipitada.

Ante mí, confuso y avergonzado, Max se esforzaba en demostrarme que *era la primera vez que le sucedía.*

¡Vaya una excusa, que empeoraba su caso ofendiendo mi vanidad de *allumense!* Pero le vi tan apurado, que un enorme deseo de reir me dominó. Sentada en el diván, reía, reía, como una loca sin poderme contener, cada vez más divertida ante su ridícula situación, tan lastimosa que, sin rencor, me acerqué á él, ondulante como una gata en Enero y me ceñí á su cuello para besarle largamente en sus ojos azules, que miraban implorando gracia.

¡Oh, dicha! *¡Resurrexit!* Encantada y sin poder creer lo que vanamente sospechaba, traté de cerciorarme, émula de Santo Tomás, por mi propia mano, tratando de vencer la resistencia, en verdad asombrosa, que Max oponía á mis designios.

¡Ay, amigo mío! ¡Le juro que si no le maté entonces no fué por falta de ganas!... Creí morirme de desilusión al verme engañada tan burdamente y sorprender el secreto de aquel infame Max. ¡Con lo que tan diestramente me había inflamado no era otra cosa que un respetable trozo de burlete de ventana!

¡Y pensar que este caso no esté previsto en el Código!...

En fin, suprimo los comentarios á esta variante del *timo de los perdigones*, que me ha desolado y me ha entristecido lamentablemente, rogándole que para vergüenza de este hombre despreciable, hermosa bestia de placer, que no es más que fachada, publique la aventura cuando pueda en alguna revista, y con el sano fin también de que sirva de aviso á las muchachas inexpertas y crédulas, que imaginan que es oro todo lo que reluce.

Mas... ¿qué noto? Esta carta reviste unas proporciones que para Max hubiese yo querido.

Perdón, amigo mío, por haberle obligado á leer estas confidencias, que tal vez no le interesen, pero cuya revelación me ha aliviado no poco. Espero su contestación ansiosamente, y le reitero nuevamente mi ferviente deseo de titularme amiga suya, enviándole como indemnización del tiempo que le he hecho perder... (iba á decir un beso; pero no, los hombres son ustedes á cuál más vanidoso, y seguramente pensaría que estaba enamorada de usted). Confórmese usted con un cordial apretón de manos de su admiradora, MINETTE.

Claudina Regnier.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND»
Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata de las Revistas literarias

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo,** por Diego San José.
9 **Eleonora,** por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID